

Dicen los que no escriben, y hasta admiten algunos de los que sí lo hacen, que en los escritores, consciente o inconscientemente, subyace algo del exhibicionismo del actor, un ápice del egocentrismo de una infancia no del todo superada, una pizca del interés indiscriminado por la vida de los demás, tradicional e injustamente atribuido a las porteras, una cierta necesidad adolescente de autoafirmación, y hasta una general reticencia a admitir las críticas poco favorables a su trabajo.

Puede que así sea en algunos casos. Pero es indudable, como demuestran las muchas respuestas recibidas a la sempiterna pregunta de por qué escribes, que también existe en ellos un deseo de ganar la batalla a la incomunicación, de compartir con otros; un amor por las palabras, que, a menudo, como todo amor, se convierte en lucha incruenta pero dolorosa; una purgación pública de las emociones y los afectos, que siempre exige una dosis de valentía; una inofensiva ansia de vivir otras vidas no permitidas, de recuperar y ordenar lo vivido, de llenar las ausencias, de dar voz a los que nunca la tuvieron o ya no la tienen.

A nosotros no nos queda sino agradecerles que nos permitan mirar a través de sus ojos escrutadores para ver la misma realidad de muchas formas diferentes, gozar con la maestría de los experimentados y emocionarnos con los pasos vacilantes pero esperanzadores de los que empiezan, aprender de los que tienen algo que enseñarnos, deleitarnos con la gota de esencia derramada en un verso, oír las respuestas a sus preguntas. En definitiva,

agradecerles que dejen en nuestras manos el resultado final de sus anhelos y desvelos a cambio de nada, y además lo confíen a nuestro criterio.

Por eso nuestra labor como directores o miembros del consejo de redacción de *Fábula* debe llevarse a cabo siempre desde la conciencia de que nosotros somos necesarios pero prescindibles, de que sólo ellos y su voluntad y capacidad creadora son esenciales. Ellos y tal vez la revista que les proporciona el espacio en el que poder llevar a cabo el noble ejercicio de esa memoria colectiva que llamamos literatura. Lo demás, los demás, pura contingencia, como demuestran los muchos que a lo largo de estos años de andadura llegaron y se fueron.

